

RAUL TORRES

**ANTOLOGIA
ESPAÑOLA DE
CIENCIA
FICCION**



Teresa Inglés y Luis Vigil / Francisco Izquierdo / E. Jarnés Bergua / F. Lezcano / F. López Serrano / J. L. Martín Sánchez / Sebastián Martínez / A. Martínez-Mena / F. Martínez Orejón / Carlos Murciano / Manuel Pllares / Juan José Plans / Carlos Rojas / Tomás Salvador / P. Sánchez Paredes / Domingo Santos / Guillermo Solana / Juan Tebar / Raúl Torres

2

En España se han editado diversas antologías de autores de ciencia ficción, algunas reuniendo a escritores de una misma nacionalidad, otras seleccionando los más cualificados de diferentes países, en una invasión conjunta de la literatura fantástica o profética. Es cierto que en nuestro país existen narradores caracterizados por los temas del futuro, especializados en esta temática, y que ya figuran en antologías de prestigio, pero nunca se había intentado una reunión de obras y de nombres exclusivamente hispanos con el común denominador de la ciencia-ficción. Esta es esa antología.

ÍNDICE

PRÓLOGO

Teresa Inglés y Luis Vigil

Complemento: Un hombre

Francisco Izquierdo

Narración sucinta de la búsqueda de Itsmos

E. Jarnés Bergua

El Universo y la uña

Francisco Lezcano Lezcano

Las chicharras

Fernando López Serrano

Pena de vida

José L. Martín Sánchez

Fuga de cerebros

Sebastián Martínez

Los centinelas

Alfonso Martínez Mena

En otro lugar

Félix Martínez Orejón

Campos de girasoles

Carlos Murciano

La invasión

Manuel Pilares

Precisión

Juan José Plans

El último hombre SHE-M-00033

Salvaje

Carlos Rojas

El Centauro

Tomás Salvador

El hombre más pequeño del mundo

Pedro Sánchez Paredes

La máquina que escribió un "Best-Seller"

Domingo Santos

Elegía por un mundo viejo

Guillermo Solana

Gwen, no es de este mundo

Juan Tebar

Un tranvía triste a las dos menos cuarto de la mañana

Raúl Torres

El retroceso

El perro

La primera invasión

Un día cualquiera en el Universo

Creemos haber recogido en esta Antología de Ciencia-ficción española, la inmensa mayoría de autores nacionales que cultivan el género. Para la edición de los dos tomos, dado lo extenso del material, aunque hemos seleccionado rigurosamente, se ha seguido el orden lógico de colocar las narraciones por orden alfabético de autores, no es otra la causa por la que unos se encuentren en el tomo anterior y los demás en este. Lo que verdaderamente interesaba era reunir el mayor número de autores conocidos y los que, en algún caso, no habían publicado ningún cuento del género; creemos que no existe ninguna otra publicación en la que estén reunidos tantos escritores que cultiven dicho género.

Teresa Inglés y Luis Vigil

Teresa Inglés nace el 4 de noviembre de 1949 en Barcelona, aunque permanece tres días en el limbo por no ser registrada hasta el 7.

Estudia en el Instituto de Arte Dramático, de Barcelona, y le gustaría llegar a ser actriz, aunque posiblemente la satisfacería más poder realizar dirección escénica.

Es feminista; cree en la liberación de la mujer, pero teme que la mujer no quiera ser liberada. De este temor nace este relato.

Le gustan los gatos, y estuvo a punto de solucionar el problema alimenticio de la Humanidad con mutaciones vegetales.

Luis Vigil nace el 20 de mayo de 1940.

Vocación: sus estudios; ha estado estudiando una cosa u otra durante veintisiete de los treinta años que tiene. Actualmente le ocupa la Sociología.

La afición por la Ciencia-ficción le viene de pequeño, y antes de que existiesen colecciones especializadas se dedicaba a recopilar cuentos sobre el tema aparecidos en los más diversos lugares.

Ha colaborado en la creación del primer fanzine español: Dronte, la primera revista especializada: Anticipación y en la actualidad: Nueva dimensión.

Sus colaboraciones en este campo incluyen cuentos, guiones de radio, guiones de historieta, artículos, vocabu-

larios, chistes y escenificaciones. Le falta hacer un libro y un guion de cine, pero no desespera de lograrlo algún día.

COMPLEMENTO: UN HOMBRE

1970

Tendré que apresurarme para tener la comida a tiempo, pensó el cocinero, cerrando tras de sí la puerta del camarote y cruzando la sala principal para dirigirse a la cocina. La navegante le había entretenido demasiado. No obstante, estaba satisfecho a pesar de que el atender a todos los deseos y necesidades de una tripulación de cinco mujeres le representase el pasar unos días y noches muy atareados.

Penetró en la cocina y conectó el programador del dispensador automático de alimentos. La pantalla auxiliar del mismo se iluminó y le ofreció tres selecciones posibles para el desayuno. Tras escoger una de ellas, tomó del armario de la vajilla lo que necesitaba para servir la mesa.

Por lo menos la navegante no podrá quejarse de la selección de Control Tierra, se dijo mientras lo disponía todo. De entre todos los candidatos preseleccionados yo era el mejor que podían escoger para una misión tan delicada... Claro que me lo merezco, porque yo era el más masculino de todos.

El timbre de aviso del dispensador automático cortó sus ensueños. Se apresuró al lado del aparato y pudo comprobar que en el interior de éste ya humeaban las raciones del menú programado. Entonces, por medio del sistema intercomunicador de la nave avisó a la tripulación.

Cuando las mujeres estuvieron sentadas, comenzó a servir las.

La segundo piloto le dio un amistoso codazo a la navegante.

–¿Qué tal? –le preguntó–. ¿Te lo has pasado bien con el muñeco?

–¡Psché! No lo hace mal del todo. Pero no tiene la clase del chico que me asignaron en el último permiso. ¡Tendrías que haberle conocido!; un morenazo meridional incansable... Voy a intentar que me lo vuelvan a enviar al regreso.

–Dejaos de tonterías –intervino la ingeniero con aire de superioridad–, lo mejor en hombres son los nórdicos.

–Calma muchachas –interrumpió la comandante–. Esas expansiones dejadlas para las noches, ahora guardad las energías, que las necesitaréis para el aterrizaje.

El cocinero se inclinó hacia la primer piloto y le preguntó:

–¿Y falta mucho para aterrizar?

Se produjo un corto silencio. ¡El hombre había hablado fuera de tiempo! Ya era bastante malo que lo hiciera sin que antes se le dirigiese la palabra, pero el que además se entrometiese en los asuntos exclusivamente femeninos eran inverosímil como el que el dispensador automático de alimentos entonase un aria.

–¿He oído algo? –recreminó más que preguntó la comandante.

El cocinero se ruborizó hasta las raíces del cabello. Se dio cuenta del tremendo error que había cometido; por un momento se había sentido como un miembro más de la tripulación..., casi el igual de aquellas intrépidas mujeres que exploraban la Galaxia para la Tierra. La convivencia con aquellos cinco técnicos de primera clase le había hecho interesarse por los problemas con los que ellas se enfrentaban habitualmente; y eso no era propio de su sexo.

–Espero que esta misión no nos traiga problemas –intervino la primer piloto intentando cubrir el desliz embarazoso del cocinero–. Aún me acuerdo de las dificultades que tuvimos en la última. Los reptiloides de Altair VII eran, realmente, poco sociables.

–Eso no justificaba el que te los cargases a tiro de desintegrador –se chanceó la ingeniero, olvidada ya del mal paso del cocinero.

–¡Claro!, ya me gustaría verte a ti frente a una horda de bichos con malas intenciones..., a ver si te detendrías a parlamentar –le replicó la primer piloto.

–Siempre he creído en la superioridad de la palabra sobre las armas –dijo seriamente la ingeniero.

–¡Escuchad! Propongo que en el próximo planeta enviemos a la ingeniero de exploración, sola, y armada con un megáfono –intervino jocosa la segundo piloto.

–Escucha, niña –se indignó la ingeniero–, cuando tú estabas aún flotando en la solución nutritiva de tu probeta, yo ya me había hartado de desarmar motores de astronave entre las estrellas. Sé más de los planetas de lo que tú jamás...

–Me parece que estáis llevando las bromas demasiado lejos –atajó la comandante, dominando la creciente discusión.

Mientras tanto, el cocinero, recuperado del sofoco, volvía a clavar sus ojos en la primer piloto. Esta, al sentirse observada, lo descubrió en la puerta de la cocina. Sus miradas se cruzaron.

Él se giró ligeramente, con estudiada coquetería, para ofrecerle la visión de su hermoso perfil. Disimuladamente, se esforzó en agrandar el diámetro de sus bellos ojos con el fin de que ella descubriera, una vez más, el fulgor de sus grises pupilas.

Como si no tuviéramos bastantes problemas en la nave, tenemos que soportar a ese casquivano entre nosotras creándonos más, pensó la comandante, que había sor-

prendido el intercambio de miradas. Menos mal de que, en cuanto lleguemos a ese planeta, el trabajo nos hará olvidar todas esas tonterías.

–Altitud tres mil –dijo la segundo piloto.

–Dispara cinco segundos los cohetes de freno– le ordenó la primer piloto.

–Motores a carga normal –intervino por el intercomunicador la ingeniero, desde su puesto en la sala de máquinas.

–¡Bosques, bosques, todo el planeta parece cubierto de bosques! –Gruñó la comandante, mirando por el telescopio de observación de la nave.

–Localizo un claro a sesenta latitud oeste –dijo la navegante desde el radarscopio.

–Dame las coordenadas de aterrizaje –le pidió la primer piloto.

Terminadas las tareas propias de su sexo, el cocinero se dirigió a su camarote. Se dio un baño de ultrasonidos, tras lo que se sentó frente al tocador. El suelo vibraba con la concentrada energía de los cohetes frenando para el aterrizaje, perturbando la visión de su admirable imagen en el espejo.

A pesar de ello, debía de acicalarse, por lo que, abriendo una cápsula de crema depiladora, eliminó su nascente barba. Luego se untó con crema suavizadora; su cutis necesitaba de un cuidado exquisito. Mientras dejaba que se le secase, abordó el problema de qué tinte daría en esta ocasión a su cabello, y cuál sería la tonalidad de maquillaje que mejor lo acompañaría.

–Completado el procedimiento de aterrizaje– informó la primer piloto.

–Analizad las condiciones externas –ordenó la comandante.

–Gravedad cero coma noventa y ocho G –entonó la segundo piloto.

–Composición del aire similar al de la Tierra, con un cero coma siete seis tres de exceso de anhídrido carbónico– dijo la navegante.

–Normal, con una vegetación como ésta –aceptó la comandante–. ¿Y el resto de las condiciones?

–Similares a las de la Tierra con un más menos cero coma cero nueve de variación –resumió la primer piloto.

–Excelente –se felicitó la comandante–. Es un planeta casi igual al nuestro, no necesitaremos de ningún equipo climatizador especial.

Mientras tanto, el cocinero terminaba en su camarote su acicalamiento, dándole un toque dorado a sus mandíbulas para que apreciase mejor su firmeza de ángulo maxilar.

–¿Está ya todo dispuesto? –preguntó la comandante.

–Ya tenemos a punto todo el utillaje –le contestó la primer piloto.

Las cinco mujeres cargaron sobre sus espaldas el equipo científico que iban a necesitar en esta exploración preliminar de los alrededores; de sus cintos colgaban armas desintegradoras.

–Pues en marcha –ordenó la comandante, accionando los mandos de apertura.

Cuando ya funcionaba la compuerta, irrumpió el cocinero por el otro extremo de la sala principal. Llevaba un conjunto tornasolado ajustado como una segunda piel, que ponía en valor todos sus atributos masculinos. Contempló sorprendido a las tripulantes dispuestas a abandonar la nave, sin reparar tan siquiera en su habitual belleza, tan espectacularmente realizada.

–Adiós –le dijo la primer piloto, que lo había visto aparecer.

–¿Dónde vais? –preguntó desolado el cocinero.

–A explorar el planeta –le contestó la segundo piloto en un tono que indicaba la necesidad de la pregunta.

–Pe... pero –tartamudeó, ante el contratiempo que desmoronaba sus planes– ¡pero no puedo quedarme solo en la nave!

–¡No habrás pensado en venir! –Se chanceó la ingeniero–. Sólo nos ibas a servir de estorbo.

–No. Aunque quisiéramos no podríamos llevarte –dijo asombrada la primer piloto–. Este planeta puede ser peligroso para nosotras, ¡y no digamos para un hombre!

–Ni hablar de eso –terció la comandante, con tono final–. Además, las ordenanzas lo prohíben. Cierra la compuerta cuando hayamos salido y no la abras hasta que regresemos, así no podrá pasarte nada.

Volviéndose a la compuerta, la atravesó, precediendo a su tripulación.

–Un hombre en un equipo de exploración –gruñó, mientras hacia una seña para que la siguieran–, nada más nos faltaba...

–Compréndelo, es por tu bien –le dijo al cocinero, a modo de despedida la primer piloto.

Triste, pero resignado ante el desaire, el cocinero vio alejarse a sus cinco superiores de la tripulación.

Regresó a su camarote. Tenía por delante tediosas horas de espera.

Estaban aguardando, emboscados, a sus enemigos. Esta vez no iban a ser sorprendidos impunemente. Aún recordaban la última escaramuza en la que su tribu había llevado la peor parte. El enemigo contaba ahora con un medio con el que lanzar palos aguzados a larga distancia, con lo que tenían una gran ventaja a campo abierto sobre las hachas de sílex con las ellos iban armados. Pero, en la espesura del bosque, no podían usar su nueva arma.

Un sonido, imitación del canto de un pájaro silvestre, avisó al jefe de la partida que el vigía había avistado a alguien acercándose. Los hombres aferraron sus hachas, dispuestos a saltar sobre sus contrarios.

El follaje, retirado bruscamente, dio paso a una figura. Dos de los emboscados ya se lanzaban sobre ella, haciendo descender sus hachas en arcos mortales. Al alzarlas de nuevo estaban ensangrentadas, y la figura se desplomó al suelo.

Otro de los tribeños cayó sobre el segundo de los incursores. Su hacha ya silbaba por el aire, con toda la fuerza de su cuerpo tras ella, cuando vio el rostro de su enemigo. Trató de retener el impulso del arma, pero ya era tarde, y el rostro desapareció, borrado por el impacto.

–¡Son mujeres! –gritó asombrado.

–¿Mujeres? –corearon varios de la partida.

–¿Mujeres solas en medio del bosque? –dudó el jefe.

–¡Son mujeres y vienen más! –interrumpió el vigía, que se había deslizado de su atalaya.

–¡Atrapadlas vivas! –ordenó el jefe de los emboscados.

Las tres supervivientes apenas pudieron reaccionar ante la visión de sus compañeras muertas, pues los tribeños cayeron sobre ellas. Los reflejos condicionados, fruto del largo entrenamiento, dominaron la sorpresa y actuaron al instante: los desintegradores quemaron un nuevo claro en el bosque.

El jefe de la partida, uno de los pocos tribeños que había logrado escapar de la acción de las terrestres, reunió a sus hombres más allá del radio de acción de las extrañas armas.

–Deben de ser demonios con forma de mujer; dominan el rayo –dijo atemorizado uno de los sobrevivientes.

–Volvamos al poblado a por el hechicero, él sabrá como enfrentarse con esos demonios –aconsejó otro.

–¿Somos guerreros o niños de teta? –se indignó el jefe –. No podemos regresar al poblado derrotados de nuevo; mujeres o diablos, tenemos que atraparlos.

Mientras, las supervivientes habían recogido las placas de identificación de sus compañeras muertas y desintegrado sus cadáveres. Iban ya a emprender el regreso hacia la nave, cuando en el borde del recién creado claro apareció un salvaje.

El jefe lo había mandado sin armas a parlamentar con las mujeres, pero el horror ante el asesinato de sus compañeras no predisponía a las terrestres a entrar en conversaciones y, sin apenas verlo, sus armas lo desintegraron.

El jefe de la partida, indignado por la muerte de su emisario, hizo una seña a sus guerreros: ahora no habría cuartel.

Las intrusas poseían el rayo, pero ellos sabían como aprovecharse de las ventajas que les ofrecía el terreno. Avanzando sin que ellas se dieran cuenta, las rodearon al volver a entrar en el bosque. Y, a una nueva señal del jefe, se abalanzaron sobre ellas.

Dos de las mujeres sucumbieron al instante. La tercera logró esquivar el hacha dirigida hacia su cabeza, pero el golpe le dio en el brazo derecho, desarmándola. Varios de los salvajes saltaron sobre ella. Su única salvación estaba en la huida. Debía regresar a la nave, allí estaría a salvo.

Corrió por un sendero abierto entre la maleza. Un sendero que, en otras circunstancias, le habría parecido demasiado natural y causado sospechas. Pero ahora huía, no pensaba.

El suelo cedió bajo sus pies. Cayó.

Era una trampa, preparada para cazar animales o seres humanos. Las paredes, verticales y sin posibles asideros, le impedían salir. Unos ruidos en la superficie le indicaron que sus perseguidores habían llegado hasta la boca de la trampa.